

DOMINGO XX ORDINARIO “C”

El combate espiritual: La ascesis

Jr 38,4-6.8-10:

Sal 116, 1. 2:

Hb 12, 1-4:

Lc 12,49-53:

Me engendraste hombre de pleitos para todo el país.

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Corramos la carrera que nos toca, sin retirarnos.

No he venido a traer paz, sino división.

I. LA PALABRA DE DIOS

Los verdaderos profetas como **Jeremías** crean a su alrededor fuertes divisiones y enfrentamientos, pues no hablan según lo que a la gente le gustaría escuchar (como los falsos profetas o los demagogos), sino conforme a lo que Dios les dice, aunque lo que digan no agrade a los que escuchan.

El ejemplo de fe y constancia de los antiguos patriarcas es propuesto en la **Carta a los Hebreos** a quienes saben con certeza hacia donde se encaminan, gracias a la nueva fe que comenzó y termina en Cristo.

En el **Evangelio** Jesús anuncia las divisiones, enfrentamientos y contradicciones que rodean a los verdaderos profetas, cuando el mensaje de Dios se proclama completo y con fidelidad.

«**No he venido a traer paz, sino división**». Misteriosa frase de Jesús que contrasta con otras salidas de sus mismos labios: «*La paz os dejo, mi paz os doy*». Ello quiere decir que no hemos de entender las palabras de Cristo según nuestros criterios puramente humanos: «*No os la doy como la da el mundo*».

La paz de Cristo no consiste en la carencia de luchas, no se identifica con una situación de indiferencia donde todo da igual, ni proviene de la eliminación de las dificultades. Cristo es todo lo contrario a esa falsa paz, a esa actitud anodina que en el fondo delata que uno no tiene nada por lo que valga la pena luchar, vivir y morir; Él es pura pasión, fuego devorador: «*He venido a prender fuego en el mundo*».

El verdadero cristiano vive en una lucha a muerte contra el mal: «*Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado*». El profeta es perseguido por denunciar el mal. Una paz que nace de tolerar el mal no es la paz de Cristo. Hay que contar con que los que rechazan a Cristo, aunque sean de la propia familia, siempre nos perseguirán, precisamente por seguir a Cristo e intentar ser fieles al evangelio. Una paz cobarde, lograda a base de traicionar a Cristo, no es paz. Él es el primero, el único, el absoluto. Cristo y su evangelio no son negociables.

Poner como criterio máximo el no chocar, el estar a bien con todos a cualquier precio, el no crearse problemas, acaba llevando a renegar de Cristo. Y a veces se impone la opción: «*O conmigo o contra mí*». “No se puede apoyar un concepto de comunión en el cual el valor pastoral supremo sea evitar los conflictos. La fe es también una espada y puede exigir el conflicto por amor a la verdad y a la caridad (cf. Mt 10, 34). Un proyecto de unidad eclesial, donde se liquidan a priori los conflictos como meras polarizaciones y la paz interna es obtenida al precio de la renuncia a la totalidad del testimonio, pronto se revelaría ilusorio.” (Card. Joseph Ratzinger).

El combate espiritual es un combate de oración (domingo anterior), es un combate cultural (primera lectura y evangelio), es un combate total del que sólo en Dios tiene su meta y en Cristo su Camino, Verdad y Vida. La ascesis, el esfuerzo, la mortificación, la lucha, no son palabras de moda. Pero, Jesús es muy claro: como los profetas verdaderos, sus discípulos provocan divisiones a su alrededor y su vida es una lucha y esfuerzo continuo. Bien vale la pena la meta: la santidad, aunque sea duro el camino.

II. LA FE DE LA IGLESIA

**El Combate espiritual
(407 – 409)**

El **pecado original** entraña la **servidumbre** bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo. Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. **Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores** en el campo de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres (...y de la pastoral).

Las consecuencias del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de S. Juan: «**el pecado del mundo**». Mediante esta expresión se significa también la **influencia negativa** que ejercen sobre las personas las situaciones comunitarias y las estructuras

sociales que son **fruto de los pecados de los hombres**.

Esta **situación dramática** del mundo que *«todo entero yace en poder del maligno»*, hace de la vida del hombre un **combate**: A través de toda la historia del hombre se extiende una **dura batalla contra los poderes de las tinieblas** que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día, según dice el Señor. Inserto en esta lucha, **el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien**, y no sin grandes trabajos, **con la ayuda de la gracia de Dios**, es capaz de lograr la unidad en sí mismo.

**El Verbo se encarnó
para ser nuestro modelo de santidad
(459, 2012).**

El Verbo se encarnó para ser nuestro modelo de santidad: *«Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí...»*. *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí»*. Y el Padre, en el monte de la Transfiguración, ordena: *«Escuchadle»*. Él es, en efecto, el modelo de las **bienaventuranzas** y la norma de la **ley nueva**: *«Amaos los unos a los otros como yo os he amado»*. Este amor tiene como consecuencia la **ofrenda efectiva de sí mismo**.

Sabemos que *«en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman... a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los llamó; y a los que llamó, a éstos también los justificó; y a los que justificó, a éstos también los glorificó»* (Rm 8,2830).

**La vocación a la santidad
(2013).**

Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. Es decir, **todos somos llamados a la santidad**: *«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»*.

Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de **emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo**. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen, y siendo **obedientes en todo** a la voluntad del Padre. De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos.

**El camino del combate espiritual
(2014 – 2016).**

El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Y Dios nos llama a todos a esta **unión íntima con Él**. El camino de la perfección **pasa por la cruz**. No hay santidad sin **renuncia** y sin **combate** espiritual. El progreso espiritual implica la **ascesis** y la **mortificación** que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las **bienaventuranzas**.

Los hijos de nuestra madre la Santa Iglesia esperan justamente la gracia de la **perseverancia final** y de la **recompensa de Dios**, su Padre, **por las obras buenas realizadas con su gracia** en comunión con Jesús. Siguiendo la misma norma de vida, los creyentes comparten la *«bienaventurada esperanza»* de aquellos a los que la misericordia divina congrega en la *«Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que baja del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo»*.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo, mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce» (S. Gregorio de Nisa).

«Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo» (Vaticano II, LG, 40).

«La perfección cristiana sólo tiene un límite: el de no tener límite» (S. Gregorio de Nisa).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

***Dame, Señor, la firme voluntad,
compañera y sostén de la virtud;
la que sabe en el golfo hallar quietud
y, en medio de las sombras, claridad;***

***la que trueca en tesón la veleidad,
y el ocio en perennal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud,
y los torpes engaños en verdad.***

***Y así conseguirá mi corazón
que los favores que a tu amor debí
le ofrezcan algún fruto en galardón.***

***Y aún tú, Señor, conseguirás así
que no llegue a romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí. Amén.***